

**ESTADO NACIONAL, MERCADO INTERIOR Y ELITES REGIONALES:
LOS CASOS DE COCHABAMBA Y SANTA CRUZ EN BOLIVIA. (1880-
1930)***

*Gustavo Rodríguez Ostria***

I. Introducción

¿Cómo y cuándo empezaron a formarse los Estados republicanos andinos? Frente a una historiografía ritualizada y patrioter que los quisiera ver como el inamovible depósito de las energías vitales desatadas durante la guerra de la independencia, las interpretaciones contemporáneas han consignado que su proceso de consolidación es un fenómeno reciente y pleno de contradicciones sociales. En efecto, existe una estrecha ligazón entre los auges exportadores de fines del siglo XIX y la implantación de las piedras angulares de los modernos Estados andinos. Para decirlo de alguna manera: la dinamización económica amplió el margen de disponibilidad de las oligarquías nativas exportadoras, que sólo pudieron ganar presencia en la medida que suprimían o reasignaban toda la gama de poderes regionales, étnicos y clasistas que, aunque de raíz colonial, se habían desatado con brío durante el período mas conocido como de la *anarquía*, que continuó a la caída del sistema colonial. En la medida que esta consolidación que se empezó a bosquejar al filo del siglo XIX no concluyó hasta las primeras décadas del XX, el estudio del lapso comprendido entre 1880-1930 es crucial para entender el sentido y resultados de estos drásticos cambios.

En ese contexto existe principalmente en Perú y Bolivia, una amplia, antigua y sugerente producción referida al conflicto entre el naciente Estado oligárquico y los indios. No es este empero el lugar mas adecuado para descubrir sus pormenores, nos basta por ahora establecer el hecho para usarlo como contraste. Pese a que la preocupación historiográfica por las vicisitudes del mercado interior y las regiones andinas es creciente tanto que en los

* Versión corregida por el autor de la ponencia presentada al Congreso Internacional de Historia Económica de América Latina. Luján, Buenos Aires, junio de 1990.

** IESE - UMSS. Bolivia.

últimos años se han multiplicado significativamente los trabajos que abordan su dinámica. (Flores Galindo, 1977; Palomeque, 1979 y 1983; Platt, 1986; Burga-Reátegui, 1981; Glave 1989; Chocano, 1982; Mitre, 1986; Rodríguez Ostra, 1987; Langer, 1987; Manrique, 1989; Conti, 1989), sabemos más sobre otros escenarios que sobre los actores regionales. Existen por ellos mismo múltiples preguntas sin respuestas. Por ejemplo, ¿qué sucedió en la República con el espacio peruano? ¿Cómo afectó el desarrollo del sector exportador al mercado interior? ¿Lo dinamizó? ¿Lo reconstituyó? ¿Empalmaron las expectativas de las oligarquías regionales con las de las fracciones exportadoras?. ¿Coincidió con sus proyectos? ¿O, por el contrario, fueron éstas sacrificadas en aras de fortalecer el modelo exportador?.

No es el caso negar, sin embargo, que hay un avance cada vez mayor en la búsqueda de caminos para dar estas respuestas. Es cierto, por otra parte, que el surgimiento de una nueva perspectiva en el tópico regional tuvo mucho que ver con el colapso de aquella tradición dependencista que, anclada en una restringida noción de enclave, sobredimensionaba al máximo el papel del mercado exterior bloqueado o al menos haciendo menos visible la trama de conexiones económicas internas. Omisión ésta no precisamente solitaria. Pese a partir de presupuestos diametralmente opuestos, las corrientes más tradicionales y que tenían en la constitución del Estado-nación su eje analítico obtenían idéntico resultado: quedaban lejos de su preocupación aquellas regiones (aparentemente) localizadas fuera del alcance del Locus primario-exportador. El precio que hubo que pagar fue, sin embargo, muy alto: la comprensión de los espacios interiores quedó virtualmente ignorada y la historia resultó amputada y reducida a analizar únicamente la vida y la razón de la ciudad-puerto, la constitución de las clases sociales emergentes del nudo exportador o, en fin, cualquier otra manifestación directamente vinculada al sistema económico mundial. (Colmenares, 1985).

Bolivia puede ser un buen ejemplo de las tensiones historiográficas anteriormente consignadas. Por una parte todavía continúa presente un patrón tradicional de entender la conformación de los contextos regionales y se arguye que las regiones vinculadas al mercado interior, como Santa Cruz y Cochabamba, vivieron en el pasado una suerte de *pasividad* que contrastaba con los violentos y alternativos ciclos de auge/recesión que sacudían a zonas que, como La Paz u Oruro, estaban íntimamente conectadas al sistema mundial (Laserna, 1983:116). Felizmente el reciente revisionismo emprendido por Tristan Platt, Erick Langer y Antonio Mitre, principalmente este último, ha empezado a romper con esta errada visión. En su *Monedero de Los Andes* (1986) correctamente propone Mitre la necesidad de trascender los límites de la escena localista a fin de comprender el carácter del sistema mercantil andino decimonónico. Tomando como variables el comportamiento monetario y las políticas estatales, nos muestra convincentemente la manera cómo el liberalismo contribuyó, a fines del siglo XIX, a desarticular el antiguo tráfico mercantil de Bolivia con el norte argentino y el sur peruano. Con óptica metodológica similar, Langer (1987), exploró con mayor detenimiento la relación Bolivia norte de Argentina. Aunque el trabajo de Platt (1986) es geográficamente más acotado comparte con los dos anteriores la preocupación de trascender las fronteras nacionales para recuperar una visión de conjunto.

Pese a los innegables méritos de estas interpretaciones tenemos nuestras

objeciones. Pensamos que estos trabajos no han logrado desentrañar del todo la dinámica de los mercados bolivianos. La primacía puesta por ellos en los mercados **inter regionales** tiene sus propios costos. El peligro, no suficientemente despejado, consiste en la posibilidad de perder de vista la **especificidad** de los mercados **intra regionales** que no siempre se comportaron al unísono frente a similares políticas estatales. Si en Bolivia el proyecto liberal que dismanteló gran parte de las redes mercantiles coloniales no tuvo resultados uniformes, se debió a la distinta matriz que unía a las regiones con el **espacio peruano**, a la diferente textura y ritmos productivos endógenos que movían a las economías locales, en cierto sentido, independientemente del locus minero potosino.

Nuestra segunda objeción nace por el hecho que de modo implícito, y en algunos explícito, estos autores sostienen que el conflicto liberalismo/proteccionismo que tensionó al Estado boliviano hacia fines del siglo XIX y principios del XX tuvo un carácter generalizado, enfrentando a los productores internos, generalmente artesanos, con mercaderes importadores y sus aliados locales: los grandes mineros exportadores. Bajo esta óptica se diluyen peligrosamente los conflictos **entre** fracciones oligárquicas en pugna por el reparto del mercado interior. Tampoco puede atenderse suficientemente al juego y reacomodo de las relaciones Estado/élites regionales. Entonces la estructura del Estado oligárquico boliviano, y el carácter de la propia clase señorial corren el riesgo de ser percibidos como un todo históricamente compacto y uniforme.

Esperamos aclarar estos puntos en este trabajo. Para ello hemos escogido como espacio temporal de referencia el período 1880-1932, que corresponde al momento de mayor intensidad en la aplicación de políticas económicas de libre mercado y de consolidación del capitalismo oligárquico en Bolivia. En ese marco tomaremos como casos-prueba a Cochabamba y Santa Cruz. La elección no es fortuita. Cochabamba, que no por azar llevaba el nombre legendario de **Granero del Alto Perú**, acuñado por Vazquez Espinoza, desde los inicios de la dominación colonial se hallaba sólidamente vinculada al mercado andino y poseía una producción agrícola fuertemente mercantilizada. En contraste, Santa Cruz-territorio de frontera- mantenía una débil conexión con los mercados andinos y orientaba el grueso de su producción hacia el auto consumo. Situaciones extremas que nos permitirán empezar a bosquejar los efectos del liberalismo boliviano¹ en las redes mercantiles regionales y establecer, en correspondencia, las frustraciones, iniciativas y proyectos económicos de las élites locales. Queda claro que nuestra hipótesis central es que existe una estrecha relación entre el comportamiento de las élites y la evolución del mercado interior. Desde esa óptica -puede ser una limitación- no nos interesa tomar como objeto de partida el conjunto de la economía regional sino simplemente su esfera mercantilizada, ciertamente no del todo desarrollada pero a cuyas fluctuaciones eran muy sensibles las élites regionales.

II. Liberalismo y mercado interior (1880 - 1918)

Lo que atrevidamente llamamos el mercado interior boliviano no era en el siglo XIX y hasta las radicales transformaciones operadas por la "Revolución Nacional" de 1952, nada más que un "mercado nacional integrado por

mercados adyacentes". Primaba allí una débil red de comercialización, un intercambio desigual y episódico. Se trataba, en suma, de una formación no capitalista y escasamente autoregulada, que bien podría tipificarse, retomando una idea de Emilio Sereni, de "casual, local y mutable singularidad" (1980:24).

Este mercado y, de modo más general, la organización espacial boliviana, cuyas raíces históricas se encuentran en la influencia de la minería potosina, penosamente habían sobrevivido a la constitución de la República. Pese de un rudimentario sistema productivo, salvando las múltiples dificultades de transporte y enfrentando a un entorno estatal poco favorable a salidas proteccionistas, las distintas regiones bolivianas seguían enviando al mercado andino los mismos productos que en el momento colonial. Un abigarrado núcleo humano compuesto por centenares de arrieros y pequeños comerciantes indígenas y mestizos, salvaba montañas y valles para abastecer pueblos y ciudades. Los datos revelan la importancia de este tráfico. Hasta muy entrado el siglo XIX el pan de azúcar cruceño elaborado en rudimentarios tapiches abastecía las plazas de Sucre, Cochabamba, Potosí y Oruro. Sólo el mercado paceño se nutría en buena parte del azúcar importada del sur peruano. Santa Cruz también enviaba al mercado interior importantes cantidades de suela y, en menor grado, tabaco y arroz. (Rojas, 1905; Rodríguez Ostría, 1984).

La circulación de la harina de trigo constituye otro buen ejemplo de supervivencia de las antiguas redes mercantiles. Hacia 1870 se calculó que la harina elaborada en Cochabamba, molida en los innumerables molinos hidráulicos establecidos en las quebradas que circundan sus tres valles principales, abastecía un 70 % del consumo de La Paz, Oruro y los centros mineros aledaños. El 20 % provenía del norte potosino y el escaso 10 % restante era importado de Chile.² Por esos mismos años, pese a que las exportaciones de tocuyos y bayetas que le dieron merecida fama habían desaparecido en los albores de la vida republicana, Cochabamba era todavía una importante zona artesanal-manufacturera, tal vez la única de esa magnitud en Bolivia. Sus jabones, cueros curtidos y zapatos, notablemente estos últimos, se vendían por miles en las minas argentíferas potosinas e incluso en los elejados territorios del litoral Perú-boliviano. (Rodríguez Ostría; 1989). Un contraste entre las exportaciones cochabambinas en 1836 y 1874 resulta ilustrativo de los cambios operados en el carácter de su tráfico mercantil. En 1836 la "exportación" más significativa era el rubro de tejidos que legaba al 68,32 % del valor total. Estos restos del antiguo mercado potosino prácticamente habrán casi desaparecido hacia 1874 alcanzando a un insignificante 3,52 %. En cambio los cereales, que no se destacaban en 1836, tendrán un lugar de preferencia en 1874 con una participación del 78,23 %. Este último año resaltaba también, con un no despreciable 13,40 %, las "exportaciones" de cuero y calzado, sector productivo cuyo desarrollo en la región databa aproximadamente de los años treinta del siglo pasado.

Con el correr del siglo XIX estas condiciones y espacios de circulación mercantil, expresión viva del antiguo espacio económico peruano, serán puestas en jaque coincidiendo con la refundación de la minería argentífera boliviana. En efecto, tras largo y ardoroso conflicto las élites proclives al liberalismo triunfaron sobre los sectores proteccionistas, imponiendo un

programa económico basado en la abolición de los monopolios coloniales, la reforma fiscal - monetaria y una amplia e irrestricta apertura hacia el mercado mundial. El panorama se completó con la construcción del Ferrocarril Oruro-Antofagasta (1892) promovido por las nuevas y emprendedoras generaciones de propietarios mineros, deseosas de suprimir los obstáculos para la exportación de la creciente producción de plata y enfrentar la caída en los precios internacionales del mineral argentífero. (Mitre, 1986; Langer, 1987).

Estos procesos "modernizadores" provocaron notables y sentidas consecuencias para la estructura comercial boliviana. Arica, que había venido desempeñándose como el puerto que acogía en tránsito el grueso de las importaciones hacia Bolivia, fue sustituido por Antofagasta, desplazándose adicionalmente a este último puerto parte substancial del comercio que ingresaba por el norte argentino. (Conti, 1989; Mitre, 1981). De otra parte, el libre cambio y la virtual ausencia de medidas proteccionistas y de control arancelario facilitaron una "revolución de los precios" fomentada por el abaratamiento del costo en el transporte. Al ser desplazadas las carretas y arrias de mulas por el humeante ferrocarril, cedió el "mercado cautivo" sustentado en el proteccionismo de facto basado en las múltiples dificultades y excesivo valor de trasladar mercancías desde la costa del Pacífico hacia los mercados andinos bolivianos. Como corolario, productos extranjeros similares a los producidos localmente pudieron llegar en abundancia y en condiciones ventajosas a las plazas urbanas y mineras del centro de Bolivia.

En Santa Cruz los efectos de la nueva coyuntura fueron, al parecer, particularmente negativos. En Cochabamba, sin duda francamente desastrosos. La región ya venía confrontando una situación delicada ocasionada por la derrota boliviana en la "Guerra del Pacífico". La ocupación chilena de la provincia peruano-boliviana de Tarapacá, tradicional mercado cochabambino, implicó una importante pérdida para los productores locales, sobre todo en los artesanos y las "maestranzas" que confeccionaban calzados de "exportación" (Borda; 1884: 4-5). Como si fuera poco, el vencedor impuso, mediante el "Pacto de Tregua" de 1884 y el "Protocolo Complementario" de 1885, franquicias aduaneras favorables para sus productos. Como inevitable resultado harinas, zapatos y otras mercancías chilenas empezaron a socavar el dominio de los productos cochabambinos en los mercados mineros y altioplánicos. Lamentablemente, no nos es posible todavía establecer la magnitud de las importaciones chilenas y su impacto exacto sobre el comercio de Cochabamba. Queda el tema para una futura agenda de investigación pero es emblemático sin embargo, que la élite regional, en sus más reconocidos prohombres y comerciantes, se mostrara francamente alarmada. Por ejemplo, el alemán Jerman Von Holten, presidente del "Círculo de Comercio" cochabambino todavía entonces dominado por empresarios que tenían sus intereses económicos en el volumen del tráfico de productos locales hacia el mercado interior, afirmó compungido: **"La guerra la ha tenido la nación y no Cochabamba y sin embargo es Cochabamba y no la nación la que ha sufrido las consecuencias"**.³ Otros, como Angel María Borda -un hacendado y abogado local- luego de constatar los efectos recesivos en la economía regional se lanzaron discursivamente contra los capitalistas mineros y su política liberal.⁴ Fidel Aranibar, un patriarca local, fue mucho más lejos. En 1892, cuando ya era inminente la amenaza que representaba el ferrocarril Antofagasta-Oruro, escribió: **"La ocupación de nuestro mercado**

[es] mas grave que la cesión de nuestro litoral".⁵ Poco patriótico no cabe duda, pero extremadamente franco frente a los problemas que afrontaba la región.

Como era previsible, el polémico ferrocarril complicó el panorama regional. La harina chilena, de mejor calidad y menor precio, terminó por desplazar a la cochabambina. Las cifras de exportación chilena hacia Bolivia son elocuentes y un buen indicador de este proceso. Entre 1861 y 1864 implicaron un promedio de 713.126 Kgs. de harina de trigo y 110.110 Kgs. de trigo; en 1890 subieron a 2.313.314 kgs. de harina y 204.225 de trigo en grano. Un año después se incrementaron nuevamente, alcanzando a 3.313.980 kgs. de harina y 290.317 kgs. de trigo. (Mitre, 1981:172; Rodríguez Ostria, 1989:19). En los años posteriores, la tendencia alcista continuó, configurando un cuadro de dependencia alimentaria triguera que persiste hasta hoy.

La pérdida de los ancestrales mercados altiplánicos y costeros provocó una significativa reducción de las actividades económicas regionales. La complicada situación no pudo sustraerse pese al formidable soporte -cuyos límites y posibilidades examinaremos más adelante- que otorgaba a la economía cochabambina el importante mercado del maíz que se desempeñaba con autonomía de las fluctuaciones extraregionales y, por tanto, de los efectos potencialmente nocivos de la política liberal en ciernes. Como un espejo, pero esta vez más marcado, de los ritmos cíclicos descritos por Larson (1981) para el siglo XVIII, la agricultura cochabambina oscilaba, merced a las variaciones climatológicas, entre la subproducción y la sobreproducción a cuyo calor se definían los conflictos sociales. (Aranibar; 1907). En su fuero íntimo los terratenientes preferían años de sequía, pues mientras las escasez rondaba, los precios subían. A la inversa, los artesanos y pequeños productores maldecían la "seca" y bendecían los buenos años de lluvia cuando los productos eran abundantes y los precios caían.⁶

Como emergencia de todo este desfavorable contexto, el comercio minorista decreció, decenas de artesanos quedaron sin trabajo, el flujo de arriería disminuyó y, con ello, la demanda de pastos y forraje, los molinos redujeron su giro, la renta agraria decreció y muchos hacendados no pudieron cancelar sus morosos préstamos con usureros y banqueros (Borda, 1884; Von Jolten, 1889; Estrada, 1905).

¿Cómo respondieron los sectores dominantes locales frente a esta parálisis económica?. Aunque el repudio fue seguramente profundo y generalizado no hubo, en todo caso, una conducta compacta o uniforme en el diseño de los caminos a seguir. El único consenso posible fue la urgencia de exigir al gobierno "a cualquier precio" la construcción de la vía férrea Cochabamba-Oruro.⁷ Moviéndose en una ecuación que equiparaba ferrocarril con progreso, la prensa y los corrillos públicos especulaban que si un ferrocarril había provocado la crisis, otro se encargaría de solucionarla.

Pero los estrechos fondos públicos, la escasa disponibilidad gubernamental y la predisposición por reforzar la vinculación ferroviaria con el mercado mundial, hacían incierta y morosa su ejecución. Los cochabambinos lo sabían y ello acrecentaba su sentimiento de frustración. La recesión mercantil en curso había modificado significativamente sus expectativas respecto al porvenir regional. La élite ya no creía a pie juntillas que el auge minero que anunciaban la renovación minera en Huanchaca, Colquechaca y Oruro les proporcionaría,

como antaño, crecientes y seguros mercados. Desolados veían, en cambio, como su región perdía día a día su antiguo y bien ganado prestigio de **Granero del Alto Perú**.

Tampoco pudo detener la debacle el atrayente mercado que, por entonces, abriría él, a la postre efímero, auge cauchífero en el oriente boliviano. No faltaban pues motivos de protesta, pero la belicosidad verbal de la élite no cedió paso al protagonismo de un radical como violento enfrentamiento con las esferas del poder central. El camino de la revuelta y el ajuste de cuentas no formó parte de su ideario colectivo. Sólo unos cuantos visionarios diseñaron planes, casi nunca ejecutados en su totalidad, para modificar las rudimentarias condiciones de producción o colonizar el territorio tropical del Chapare. (Rodríguez Ostría, 1989). Los pragmáticos fincaron en cambio sus expectativas en la única operación que parecía rentable y a su alcance; y al comenzar la segunda década del siglo XX, inversionistas locales construyeron el tranvía Arani-Vinto que vinculó al Valle Bajo con el Valle Alto reforzando la capacidad de integración intra regional. Ninguna otra región boliviana tuvo privilegio semejante: consolidar su frente interno antes de quedar unida a la red ferroviaria nacional. (Azogue et al., 1986).

Los más prefirieron, empero, una obligada estrategia pasiva y derrotista. No pocos hacendados, acosados irremediabilmente por las deudas y los acreditivos fragmentaron sus haciendas y las vendieron por pequeñas parcelas a una multitud de colonos, jornaleros sin tierra y artesanos de pueblo. El resultado final fue la emergencia, por primera vez en esa escala, de una amplia capa de **piqueros** (campesinos parcelarios). Visto desde esa perspectiva, los grandes beneficiados de la crítica coyuntura fueron estas fracciones del **menu peuple**. A medida que crecían los problemas para la economía hacendal y los terratenientes perdían capacidad para reproducirse, se dieron modos para acumular un pequeño capital que los transformara en propietarios a costa de las tierras de los "gamonales".⁶

Los datos catastrales confirman innegablemente este proceso. En 1882 se consignaron en los tres valles cochabambinos -Alto, Bajo y Sacaba- 7.969 propiedades, las que a inicios del siglo XIX (1908-1916) se habían incrementado notablemente hasta la friolera de 28.550 unidades. La mayoría de ellas no llegaban a una hectárea⁹ (Rodríguez Ostría, 1990: 14). Aunque es necesario investigar todavía más sobre los mecanismos que facilitaron este fenómeno que aceleró las contradicciones de clase entre campesinos y terratenientes que, como mostró Brooke Larson (1988), tenían una historia de larga duración, tenemos certeza que no fue en ningún caso un proceso lineal y exento de contradicciones. El deterioro regional alcanzó igualmente a los sectores populares. La diferenciación campesina creció y desde fines de siglo, inicialmente al calor de las crisis ecológicas, pero luego como un torrente imparable, los campesinos optaron por el camino de la migración hacia las salitreras de la costa del Pacífico y las minas estañíferas del complejo Oruro-Uncía. (Larson, 1988; Rodríguez Ostría, 1989).

¿Qué sucedía mientras tanto en Santa Cruz de la Sierra?. El azúcar, el principal producto cruceño de exportación hacia el mercado interior boliviano, se vio muy pronto desplazado de las plazas de Oruro y Potosí por productos alemanes y peruanos más baratos y de calidad superior. (Mitre, 1981: 176;

Rodríguez Ostría, 1986: 22). A principios del siglo XX la competencia avanzó copando el mercado de Cochabamba y, en los años veinte, el azúcar peruana granulada era de venta frecuente incluso en la propia Santa Cruz.

Inesperadamente, la magnitud de la crisis mercantil en ciernes fue mitigada, incluso con un saldo favorable para la región, merced a la apertura de los promisorios mercados promovidos por el creciente auge cauchífero en el noreste boliviano. La producción boliviana que en 1890 se estimaba en 294.000 kilos de goma pasó a 3.465.063 kgs. en 1900 y a 5.143.214 en 1913.¹⁰ No dejaba de ser paradójico que, por un lado, la expansión capitalista clausurara el acceso cruceño a los mercados andinos, mientras por otro le abriera una transitoria válvula de escape. En efecto, si se revisan las cifras de "exportación" cruceña de azúcar hacia el mercado interior boliviano se constata que, en los momentos posteriores a 1892, el volumen comercializado se incrementó para decaer a principios del presente siglo, aunque sin llegar a desaparecer totalmente. En efecto, en 1889 las cifras de exportación consignadas en las "Aduanas interiores" muestran una "exportación" de 856.750 kgs., cifra que subió a 1.133.532 en 1895 y decayó a 415.840 en 1905.¹¹ En los años posteriores y hasta 1914 la tendencia, al parecer, fue de una nueva elevación. La explicación es simple: el consumo de los miles de hombres (siringueros) que migraron hacia Beni y Pando a fin de trabajar en la recolección del caucho.¹² La inesperada coyuntura se prolongó hasta 1912-14, cuando la competencia asiática, alentada por intereses económicos británicos, redujo dramáticamente la participación boliviana en el mercado mundial del caucho. Pero entre tanto el efecto multiplicador del nuevo mercado y la exitosa participación de empresarios cruceños en la recolección - comercialización de la "goma" permitió a la región encontrar un momento de bonanza. Viviéndola con fruición, las élites cruceñas dotaron a su ciudad capital de toques de modernidad urbana e incrementaron significativamente su consumo suntuario. (Sanabria: 1968; 26).

¿Impidió este boom que sectores de la élite cruceña manifestaran su temor por el copamiento extranjero del mercado andino?. En verdad que no. La situación de precaria estabilidad los obligó a reforzar sus demandas de integración al resto del país. Comprendiendo que el auge cauchífero podía ser efímero, la prensa regional comenzó a llenarse de artículos y belicosos editoriales que reclamaban una vía férrea que los uniera con el occidente de Bolivia. "Ferrocarril o nada" se constituyó entonces en el **desideratum** del programa cruceño.¹³

La Junta definió como premisa central de su programa económico "**estimular la industria, fomentar su desarrollo y protegerla**" y rebajó, como una de sus primeras acciones, el impuesto que gravaba el azúcar extraída de Santa Cruz. El intento federalista duró poco y el 20 de febrero de 1891 tropas gubernamentales traídas desde La Paz retomaban el control de Santa Cruz.

Pese a su fracaso táctico y precariedad política, el movimiento hizo aflorar la preocupación por los efectos del liberalismo en ciernes y constituyó un primer y desesperado intento de resolver por la vía de la fuerza el potencial y pernicioso aislamiento regional que se vislumbraba. El método al que apeló muestra, sin embargo, los frágiles y todavía inorgánicos componentes de la ideología localista. La situación cambiaría gradualmente cuando, en los albores del siglo XX, reconocidos intelectuales cruceños asumieron firmemente el

liderazgo de la protesta regional tomando dos ejes centrales: a) una decidida política **proteccionista** que defendiera la producción cruceña de la **competencia internacional** mediante aranceles; b) signo inevitable de la época del modernismo ferrocarrilero, la construcción de una vía férrea que vinculara a Santa Cruz, desde el río Paraguay en la frontera brasileña, con Cochabamba o Sucre. (Chavez O.; 1939: 186).

Es importante establecer que la agenda cruceña conservaba una notoria colindancia con las expectativas de la élite cochabambina. Aunque en esos últimos el énfasis en el proteccionismo fuese menor, la confianza en la potencialidad benéfica de las líneas férreas será igual de ilimitada. Coincidentemente, en ambas regiones aparecieron sendos periódicos intitulados "El Ferrocarril" y se organizaron "Comités pro ferrocarril" destinados a presionar al gobierno para su efectivización. Estas similitudes no eran extrañas ni fortuitas. En ambos casos se trataba de sectores terratenientes y mercantiles que habían participado largamente en los mercados andinos, que asumían de modo general la necesidad imperiosa de modernizar el país, pero que no estaban dispuestos a pagar el costo de la expansión del capitalismo minero. Esperaban, por el contrario, gozar de los beneficios de la bonanza minera, de la ampliación de mercado interior que producía el crecimiento de los asalariados mineros y el repoblamiento de ciudades como Oruro y sus pueblos aledaños. Cuando el panorama se tornó sombrío y el pesimismo los invadió, volcaron sus ojos hacia el Estado Oligárquico pensando que correspondía a éste salvaguardar sus intereses mediante inversiones en infraestructura y protección arancelaria. Pero no ofrecieron una propuesta orgánica para reinsertarse de manera renovada en la nueva división del mercado interior que se estaba gestando a sus espaldas. Mas víctimas que protagonistas, simplemente abogaron por que se respeten sus antiguos fueros.

Al finalizar el siglo XIX las élites regionales de Cochabamba y Santa Cruz habían sido desplazadas abruptamente de las plazas andinas. El capitalismo minero en su expansión estaba modificando la articulación regional y el peso específico de cada oligarquía regional. Si hasta entonces habían guardado cierta solidaridad mutua, o por lo menos indiferencia respecto a su respectiva colocación en el planetario político nacional, las tensiones entre ellas comenzaran a subir de tono. La propia "Revolución Federal" de 1899, aunque esconde en su seno mucho más que un simple cruce de opciones entre élites regionales, no dejaría de reflejar las contradicciones que se acumulaban en su seno. Situaciones que, como veremos luego, se perfilarán con mayor vigor en las primeras décadas del siglo XX.

III. Chicha, maíz y economía regional (1918 - 1932)

Usualmente se considera que la dinámica cíclica de los mercados bolivianos puede ser entendida por el desmedido asedio -desatado por las reformas liberales- hacia los productos que circulaban por el ancestral **espacio peruano**. (Langer, 1987; Jackson, 1989). Condición que podría ser correcta para Santa Cruz de la Sierra pero no del todo y necesariamente para Cochabamba. Carente de un vigoroso dinamismo interno, austera en su comercio local; la región cruceña contrastaba con la bullente imagen que ofrecía la tierra q'chala. En el siglo XIX viajeros como D'orbigny o Gibbon

habían quedado impresionados por la amplitud y volumen de las transacciones de las ferias de Cliza, Quillacollo y Sacaba. Regularmente, cada semana se agolpaban allí miles de personas. Las atraía, sin duda, la fascinación por las mercancías "ultramarcas", pero también la necesidad de abastecerse de otros productos más cotidianos y menos mundanos: el trigo y el maíz.

Historias, usos y mercados diferentes. A su manera, ambos cereales expresaban la tensión irresuelta entre la agricultura española y la andina, entre el consumo restringido y el popular, entre el circuito extra regional y el intra regional. En definitiva entre el pan y la chicha. Desde que el intendente Francisco de Viedma llamó en 1788 la atención sobre la enorme cantidad de maíz -200.000 fanegadas- usadas para elaborar localmente el aureo licor, ningún otro dato posterior desmentirá la importancia del complejo maíz-chicha en la economía regional. En 1836, por ejemplo, se estimó la producción de maíz en 109.626 fanegadas, mientras que la de trigo alcanzaba a 71.000.¹⁴ José María Dalence, en el primer recuento estadístico nacional implementado en 1846, dió igualmente por sentado este predominio maicero. Tres décadas más tarde (1878) el balance fue nuevamente favorable para el maíz con 150.000 fanegadas contra 75.000 de trigo.¹⁵ Cálculos brutos, tal vez "a vuelo de pájaro", pero irrefutables, eso sí, en cuanto al mayor peso porcentual del maíz.

Para nuestros fines, conviene precisar el uso y circulación de ambos cereales. Tomemos datos circa a 1878, un año antes del conflicto bélico con Chile y, por lo tanto, un hito para medir la situación previa a que la política liberal afectara a la economía cochabambina.¹⁶ De acuerdo con Adolfo Zamudio, Cónsul Peruano en Cochabamba, 7/8 partes de la producción maicera, unas 131.000 fanegadas, se enrumbaban hacia los mercados de Cliza, Quillacollo y Sacaba, donde eran adquiridas y transformadas posteriormente en mucku -materia prima de la chicha-. El 25 % del mucku se "exportaba" con destino Oruro, La Paz e incluso la costa del Pacífico. En buenos términos, a lo sumo un 21 % de la producción global de maíz vencía las dificultades de los pésimos caminos cordilleranos para venderse en otras regiones. ¿Qué sucedía con el trigo?. Siempre de acuerdo con Zamudio, por lo menos un 48 % de su producción salía de la región transformada en harina hacia diversas plazas mercantiles, sustancialmente las altiplánicas.

Es posible que Zamudio, que obviamente no contaba con estadísticas exactas, exagerara la cantidad de maíz convertido en chicha. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, distintas y contradictorias fuentes nunca han otorgado por debajo del 60 % para este consumo. (Rodríguez Ostría - Solares; 1989). Es presumible igualmente que una parte por determinar todavía pero en ningún caso despreciable del maíz no pasara por el tamiz del mercado. No es el caso disputar un punto más o menos. Lo innegable es que mientras una buena parte del maíz ingresaba a los circuitos de comercialización locales, un porcentaje nada despreciable del trigo vivificaba las redes externas.

Esta distinta trama nos ayuda a comprender el por qué del devastador efecto sobre las finanzas regionales provocado por la irrupción de la harina de trigo chilena y californiana en los mercados andinos. Pero también nos ilumina respecto a la potencialidad de resistencia de la economía cochabambina frente a las fluctuaciones cíclicas allende sus fronteras. Secreto que nacía bajo el signo del maíz, celosamente guardado para los ojos de algunos historiadores (Cfr. Jackson, 1989), pero no para los terratenientes y

observadores contemporáneos de toda *laya* que cantaban los al cereal "de los incas": Cfr. Luis Felipe Guzmán, (1890); José Aranibar (1906); Aurelio Meleán (1936). Es presumible, incluso, que en los primeros momentos de crisis la agricultura regional se reorientara hacia el cultivo de maíz en la esperanza de contar con el "seguro" mercado de la chicha. Al respecto no deja de ser emblemático que entre 1881 y 1900 el número de locales dedicados al expendio de chicha (**chicherías**) creciera en un 233 %, mientras el resto de actividades económicas y comerciales, si no estaban paralizadas, por lo menos habían sufrido una significativa disminución. (Rodríguez Ostría - Solares, 1989:14).

El maíz y la chicha poseían innegablemente un carácter estratégico para Cochabamba. ¿No era cierto acaso, como lo describió en 1906 José Aranibar, Secretario de la Junta de Fomento, que el eje chicha-maíz provocaba amplios efectos multiplicadores?¹⁷ La importante trama mercantil se iniciaba con el cultivo maicero fundamentalmente en los campos del valle Bajo y Alto. A continuación entraban en acción los molinos, básicamente los situados en el Valle de Sacaba (Chimboco, Larati, Molino Blanco y Tuti Mayu). Luego, multitud de arrieros transportaban la harina hasta los mercados de Quillacollo, Cliza y Sacaba. Luego, decenas de "gentes menesterosas" y colonos de hacienda la convertían en **machu**. En el punto final, sin contar con beneficios que obtenían los recolectores de leña para alimentar los fogones y pailas requeridas para elaborar la chicha (**ak'a**), centenares de chicherías (**ak'a huasis**) extendidas a lo largo y ancho de toda la región, vendían miles de **machu jarras** de chicha. Lamentablemente, para los hacendados cochabambinos la demanda de maíz era relativamente estacionaria y la dinámica de la "industria" chichera no tenía otro factor de expansión que el que provenía del crecimiento y expansión poblacional. Pese a que la migración de los cochabambinos había extendido el consumo de la chicha hacia las zonas mineras e, incluso, a la costa del Pacífico, no era decididamente suficiente para compensar la declinación mercantil en otros productos, mucho menos para observar el exceso de producción en aquellas ocasiones en que la naturaleza era propicia con la región. Pero lo que conspiraba decisivamente contra las posibilidades maiceras era una mentalidad señorial a todas luces infranqueable. Para la oligarquía regional, el maíz y la chicha eran productos **de y para** "indios y cholos" encontrando difícil, sino repulsivo, (re) construir a partir de ellos su hegemonía mercantil. La contradicción, nunca resuelta, de la élite local, fluctuaba entre la urgencia perentoria de contar con el popular mercado chichero y la necesidad de afirmar sus aires "modernizadores y civilizadores" que les exigía rechazar y combatir la urdimbre plebeya.¹⁸ En estas condiciones nunca se emplearon a fondo para promover el desarrollo de la chichería y el cultivo del maíz. Algunas veces, si la situación se tornaba álgida, salieron en defensa de su consumo, como sucedió en 1930 cuando los consejos municipales de Oruro y La Paz quisieron prohibir su consumo afectado a los productores y comerciantes cochabambinos que la "internaban" hasta esas regiones.¹⁹ En otras, dibujaban planes, que quedaban siempre en el papel, ya para industrializar la chicha en un vano intento de hacerla "más aceptable", ya esperando substituir la harina de trigo por la de maíz. Pero mientras la imaginación volaba, el gobierno no se daba prisa, el anhelado ferrocarril demoraba en arribar desde Oruro y los mercados altioplánicos continuaban

estrechos para los productos locales, era la otra red: la popular-chichera, la que soportaba el giro de la economía regional y las rentas de los terratenientes.

Naturalmente, en estas circunstancias es comprensible el alivio con el que la élite recibió la conclusión del Ferrocarril Cochabamba-Oruro (1917) y la "Ley de nacionalización del alcohol" (1918). Las dos razones se conjuraron casi simultáneamente para otorgar un favorable resultado para la economía hacendal cochabambina. Primero - Pese a que el ferrocarril hacia la planicie orureña desarticuló la amplísima red de armería popular y dió un golpe irreversible a la producción de forrajes,²⁰ el saldo, entre la suma de los beneficios y la resta de las desventajas, quedó ampliamente favorable. Oruro, entonces centro minero estañífero de primera importancia, fué decisivo para revitalizar los circuitos mercantiles abriendo una válvula de escape para la sobreproducción cochabambina. Nuevos productos, como las verduras, se incorporaron masivamente al comercio intraregional. Incluso, modificaciones en el sistema de molienda facilitaron la competencia de la harina de trigo cochabambina con sus similares chilena y californiana tanto que hacia 1919 proveía casi el 50 % de la consumida en esa plaza. Las fuentes disponibles no nos permiten trazar en detalle el curso y magnitud del nuevo tráfico, pero encontramos significativo que un estadígrafo orureño estimara en 1923 que los artículos alimenticios procedentes de Cochabamba surtían un 59,08 % del consumo diario del orureño medio.²¹

La segunda razón de peso nació en la decisión gubernamental en 1918 de "nacionalizar" la industria alcoholera. Presionados por motivos fiscales y buscando concertación con las regiones productoras de alcohol, los liberales en el poder prohibieron su importación y la elaboración local con materia prima de origen extranjero.²² Antes de la medida, que cortaba la sustantiva internación de melazas y alcohol refinado peruanos, el grueso de la producción boliviana se concentraba en La Paz y Santa Cruz. Ambas usaban caña de azúcar, con la diferencia que las alcoholeras paceñas importaban mayoritariamente bagazo del sur peruano. Las expectativas iniciales suponían que el alcohol de caña cruceño coparía el recientemente abierto vacío de mercado. Pero el resultado imprevisto fue otro y las destilerías instaladas en Oruro, Cochabamba y, en ciertos casos, La Paz, que empezaron a destilar maíz cochabambino gracias a su proximidad a los principales centros de consumo, pudieron competir favorablemente con el producto cruceño. Un indicador certero del impacto alcoholero, facilitado gracias al transporte de maíz vía ferrocarril, puede hallarse en los significativos cambios en la estructura del consumo regional del maíz. El porcentaje pasó del insignificante 1 % en 1917 al sustantivo 30-37 % en el período de 1923 a 1925 (Azogue et al: 1985;39). Como resultado la producción alcoholera en Santa Cruz decreció en un 25 % entre 1918 y 1927 (Rodríguez Ostria, 1987).

Gracias a esta favorable combinación, los problemas cochabambinos parecieron resolverse. Los productos fluían en gran escala hacia la altiplanicie minera y los precios del maíz, por efecto de la nueva demanda, sufrían una brusca elevación; tanto que mirando su efecto benéfico un comentarista de prensa se animó a comparar los efectos irradiadores del maíz con los que provocaba el estaño en las zonas mineras. (Salamanca, 1927). La situación de bonanza maicera y el boom del maíz alcoholero halló, casi al finalizar la década

de los 20's, su propio techo. Hacia 1927 la prensa regional anunciaba alarmada que mientras los precios declinaban, unos 400.000 quintales de la cosecha 1926-1927, cerca del 40 % de la producción estimada de maíz, se hallaba sin colocación.²³ Por segunda vez en menos de medio siglo la agricultura cochabambina ofrecía un cuadro dramático. La crisis maicera produjo efectos notablemente similares a los observados a fines de siglo, cuando se derrumbó el mercado del trigo: Recesión, parálisis comercial, caída de la renta agrícola, imposibilidad del pago de acreditivos. En su trabajo "La crisis del maíz en Cochabamba" la "Junta Agrícola Departamental" mencionó varias posibles causas para esta debacle. Por una parte, sequías frecuentes y escaso riego. Por otra, elevados fletes ferroviarios, fuertes gravámenes a la propiedad agraria, altas tasas impositivas al maíz, contrabando de alcohol peruano e importación de maíz argentino.²⁴ En similares términos -recogiendo el sentir de la mayoría de los terratenientes cochabambinos- se pronunció el hacendado e influyente ensayista regional Octavio Salamanca. (1927, 11-14).

Cuando el paraguas alcoholero se cerró, sancionando nuevamente a la producción agrícola local, quedó especialmente claro para los terratenientes que nuevamente eran víctimas de las prácticas y políticas liberales del Estado Boliviano. La élite estaba suficientemente convencida que la culpa de su difícil situación recaía directamente en la política gubernamental que, al decir de Salamanca, protegía a los países extranjeros en contra de los intereses bolivianos y gravaba hasta lo imposible a la propiedad agraria (1927: 36). Pero su enfrentamiento con las esferas estatales nunca, a diferencia de Santa Cruz, superó el tono verbalista. Al igual que a fines del siglo XIX prefirieron la retórica y no la fuerza desnuda de los hechos. El único acto que anunciaba una posibilidad contestataria mas organizada y coherente fué la fundación, el 14 de septiembre de 1930, del "Comité pro Cochabamba", entidad encargada de promover los intereses regionales inicialmente presidida por el Gral. Blanco Galindo, un terrateniente cochabambino y ex presidente de la República. El Comité, contrariando las expectativas iniciales, tampoco dió impulso contestatario y se diluyó en incansables e inútiles sesiones de debate.

Ahora bien, la disputa por el mercado del maíz -que lamentablemente no podemos desarrollar extensamente- nos permite situar las contradicciones y preocupaciones de la oligarquía cochabambina, principalmente en su sector terrateniente. La oligarquía cochabambina distaba de ser homogénea y compacta. Las fisuras políticas entre liberales y republicanos constituían un freno a cualquier iniciativa común. Por otra parte el libre cambio había socavado definitivamente las bases de la antigua sociedad señorial. Hacia fines del siglo XIX nuevos sectores sociales, como las casas comerciales de importación de mercancías de "ultramar" de propiedad de extranjeros y un no desdeñable sector financiero, habían aparecido gradualmente. Por su propia colocación en el espectro económico, estos sectores estaban francamente interesados en la continuidad de las políticas liberales. Podían ver con cierta simpatía los reclamos de otras fracciones de la élite directamente afectadas por el colapso maicero, pero no estaban dispuestas a apuntalar una opción decididamente proteccionista o de reconfiguración radical de la inserción de la economía regional en el contexto nacional. Posiblemente, tampoco los terratenientes pensaban en esos términos. Significativamente, en 1927, en el punto más alto del conflicto maicero, presentaron a la "Misión Kennerer" un

proyecto que se limitaba a pedir el apoyo estatal para impulsar la agricultura local y la disminución de las tasas impositivas que pesaban sobre la actividad agropecuaria (Taborga-Lozada, 1927).

Reformas fiscales y apoyo gubernamental. Una opción de esa naturaleza requería visualizar nítidamente los adversarios que interferían en el reparto del favor estatal y bloqueaban su propósito de remontar la crisis de mercado. Y los hallaron en los productores cruceños de alcohol y en los indios y mestizos cochabambinos productores de chicha. Son estas confrontaciones las que mayormente deben llamarnos la atención, pues nos muestran que la reconfiguración del mercado interior, entendida comúnmente como la oposición libre cambio/proteccionismo que caracterizó la primera etapa de constitución del Estado boliviano manteniéndose latente e irresuelta todavía hacia 1920, cobijaba mucho más que una dicotomía entre productores nacionales y extranjeros. El mercado interior fue también un espacio de disputa entre las oligarquías locales y los sectores populares y entre las propias élites regionales. La necesidad de acomodarse en un mercado que se estrechaba por momentos las llevó al conflicto por la protección del gobierno contra fracciones rivales y en ello empeñaron sus recursos parlamentarios y de movilización para atraer la atención estatal a su favor.

Con estas ideas en mente, y en un vano intento de superar la adversa situación, la élite cochabambina solicitó al gobierno medidas proteccionistas a favor del maíz y el alcohol, la disminución de los impuestos agrícolas y la reducción de tarifas de ferrocarril. Abrió fuego también hacia otros frentes. Presumía, seguramente, que era más fácil ajustar cuentas con otros sectores sociales y regionales que afrontar un largo e incierto conflicto con el Estado. Por un lado llegó, en sus sectores más extremos, a proponer sin éxito la nacionalización de la industria alcoholera cruceña, en gran parte en manos de capitales alemanes. Su solicitud partía de una lógica simple, pensaba reducir de esta manera los efectos nocivos de la competencia del alcohol de caña sobre el elaborado con maíz. La propuesta sostenida en la prensa local y por algunos parlamentarios cochabambinos se desmoronó frente a la energía negativa de los cruceños. En otros campos, los resultados fueron aparentemente más satisfactorios pues se logró que el gobierno, a cambio de un impuesto único e incrementado para el mucku y la chicha, desgravara el impuesto a la "exportación" y venta de maíz con destino a la elaboración de alcohol, así como al propio alcohol.²⁵ En este acápite su lógica era también simple y su adversario mucho más débil, por lo que suponía que descargando en los productores y consumidores de chicha los impuestos que anteriormente afectaban al alcohol, se contribuiría a incrementar el consumo alcoholífero y, por esa vía, la demanda de maíz. No sucedió ni lo uno ni lo otro. El uso de maíz en la industria alcoholera nunca recuperó su anterior nivel. Finalmente en los 30' s el gobierno derogó, cuando en la práctica ya era ineficiente, la ley de nacionalización de alcohol de 1918. Lo que es peor, los nuevos impuestos a la chicha aplicados desde 1927 disminuyeron su consumo y producción, contribuyendo, paradójicamente, a profundizar la crisis agrícola. (Rodríguez Ostria - Solares, 1989: 107-110).

"Sobre lo llovido mojado", dice el refrán popular. En 1929 el crack mundial capitalista alcanzó con sus ondas a la economía boliviana. La minería disminuyó sus actividades, el comercio paralizó su giro; la banca ingresó en

iliquidez y el desempleo aumentó. La recesión subsecuente contrajo la demanda de productos agrarios y la crisis maicera terminó en catástrofe generalizada. Los terratenientes cochabambinos entraron en mora con la banca o terminaron de perder la confianza en los réditos de la agricultura y, al igual que al finalizar el siglo XIX, optaron por el molesto, pero fácil, expediente de vender sus tierras a colonos y jornaleros agrícolas. La erosión del sistema terrateniente se hizo mayor y la capa de campesinos "piqueros" creció porcentualmente (Witchhead, 1972: 79).

Poco antes del conflicto bélico con el Paraguay, cuya derrota terminaría por germinar la crisis del Estado y la sociedad oligárquica, la élite cochabambina confrontaba graves inconvenientes que no sabía manejar ni encarar. Sin notables iniciativas, sus respuestas eran cortas frente a la magnitud de sus problemas. Incluso los intelectuales de izquierda, que germinaban en la Universidad local de San Simón, pese a que reconocían la gravedad de la situación, tenían su mirada puesta en otra parte. José Antonio Arze, Ricardo Anaya o Carlos Montenegro, para mencionar los de mayor influencia, bosquejaban planes de acción de contenido nacional que hablaban de Reforma Agraria o Nacionalización de las Minas, pero que no decían palabra alguna sobre la condición regional (Rodríguez Ostría, 1983). Marcado contraste, a no dudarlo, con el compromiso regionalista que, en condiciones similares, adoptaría la *intelligentzia* cruceña. Veamos a continuación este último aspecto.

IV. En defensa de la región.

Hacia 1920, cuando la anhelada locomotora cruzaba los fértiles territorios cochabambinos y el maíz se encontraba en un momento de esplendor mercantil, Santa Cruz vivía los estertores del ciclo cauchífero. En efecto, la participación de la goma en las exportaciones bolivianas al mercado mundial que en 1900 llegaron al 29,2 %, había disminuido alarmantemente al 11,3 % en 1915 y a 4,9 % en 1920. (Bieber, 1984: 23). Como si fuera poco, la exportación de ganado cruceño hacia la Argentina, estimada en 20.000 cabezas anuales y de gran apogeo entre los años 1914-1918, sufría un "*descenso remarcado*" (Gil, 1927: 75). *Last but not least*, otro rubro productivo de importancia: la elaboración de alcohol de caña de azúcar, sufría la amenaza de su desplazamiento por el alcohol de maíz. La elaboración cruceña de alcohol había comenzado a desarrollarse en las postrimerías del siglo XIX como una estrategia para enfrentar la disminuida demanda de azúcar. Para principios de este siglo los cruceños surtían "*las plazas de Sucre, Cochabamba y Oruro y por la superioridad del artículo han alcanzado ventaja sobre los similares del Perú y Chile*" (Rojas, 1905: 48). En este innovador proceso mercantil jugó un rol importante la casa alemana "Zeller, Rosler, Villanger y Cia". Paulatinamente esta firma fue absorbiendo a los sectores artesanales y monopolizando la elaboración de alcohol. Las destilerías pequeñas producían aguardiente, dejando a los alemanes la fase final de refinación. (Vásquez; 1926: 34).

Santa Cruz no contaba, como su frontera Cochabamba, con una reserva mercantil interior. Tampoco su débil urbanización le aseguraba un significativo mercado, por lo que dependía de sus "exportaciones" para completar su ciclo

de reproducción y principalmente para permitir a la élite un nivel de vida de acuerdo con sus expectativas. El panorama era **pues francamente sombrío; el comercio** había declinado en extremo y habían **quebrado los bancos.**²⁶

El endémico "aislamiento chino" **cruceño** se tornó entonces insoportable y la élite, como **había sucedido** en las postrimerías del siglo XIX, reforzó sus sentimientos regionalistas. En noviembre de 1920 se fundó el **Partido Orientalista** de significativa gravitación en la región hasta su disolución en 1930. La entidad política, que tenía por finalidad **"la defensa de la vida y los derechos del oriente"**, retomó los postulados del Memorandum de 1904 y reclamó la construcción del ferrocarril Cochabamba-Santa Cruz y un **"sistema racional de protección a las propias industrias, prohibiendo la internación de artículos similares extranjeros"** (Chávez Ortiz, 1939: 190).

Postulamos que la nueva formación "orientalista" expresaba una suerte de **colapso de transformismo** (Gramsci) que implicaba el paulatino abandono de los "intelectuales orgánicos" de las filas de los partidos tradicionales y el cuestionamiento de su representatividad como mediadores frente al poder central. Hasta ese entonces, Republicanos y Liberales -los dos principales partidos oligárquicos a nivel nacional- habían dominado sin dificultad la escena política local. Su erosión provino, empero, de su incapacidad de presentar alternativas efectivas frente a la crisis regional. En circunstancias difíciles actuaron más como representantes del gobierno y la política nacional, que como expresión de los intereses cruceños. En efecto, los Liberales, pese a su tradición descentralista, sólo asumieron tímidamente los reclamos localistas. Los Republicanos, en cambio, combatieron la más mínima reivindicación. De este modo, el liderazgo quedó definitivamente en manos de los Orientalistas. (Rodríguez Ostria, 1987).

Dos acontecimientos resaltan nítidamente en las acciones impulsadas por el nuevo partido. En junio de 1921, como respuesta a la propuesta gubernamental de substituir el anhelado ferrocarril por un camino carretero, se produjeron varios disturbios estudiantiles y movimientos de pobladores.²⁷

El 1º de julio de 1924, el Partido Orientalista, coludido con disidentes liberales y republicanos, formó una "Junta revolucionaria". Aunque la asonada partía de factores de política nacional, no dejó de estar presente la reivindicación localista.²⁸

Para evitar posibles equívocos, debemos colocar esta situación en su justa dimensión. Como el mismo Finot se encargó de ponerlo en claro en su novela contumbrista **"Tierra Adentro"** la frustración y los resquemores contra el Estado centralista eran un sentimiento colectivo de larga duración. **Por excellence** Santa Cruz era la cantera del regionalismo y de los "clubs" federalistas que exigía mejores días para un territorio que los gobiernos republicanos habían destinado -prueba suprema de su lejanía del poder- a isla de confinamiento de sus adversarios políticos. Bajo el manto de la afirmación regional y de las ansias de remontar el aislamiento se cobijaban, empero, diversas y contradictorias tácticas, unas más cautas, otras más precipitadas, unas -las más- por el federalismo, otras por el separatismo. Es presumible que esta heterogeneidad reflejara asimismo las diversas opciones económicas frente a las ventajas que **inegablemente** ofrecía el liberalismo. Pero de modo general en Santa Cruz, salvo las casas comerciales alemanas intermediarias de las mercancías de ultramar, pocos tenían mucho que ganar con la política estatal

de apertura hacia el exterior. Por el contrario, la pérdida de los "inmemoriales" mercados andinos excluía a Santa Cruz del juego económico y político de la "nación" boliviana.

La élite, los cruceños en general, no estaban dispuestos a pervivir al margen del sistema. Las acciones "Orientalistas", similares en cuanto "fenómeno de coyuntura" a las protagonizadas por los descentralistas arequipeños en la crisis de los 30' s (Renique, 1979), empezaron a ceder paso a motivaciones más orgánicas. En ello tuvo un papel de primer orden la "generación del 25" compuesta por reconocidos intelectuales cruceños. E. Finot, H. Vázquez Machicado, P. Molina, entre otros, realizaron una renovadora lectura del pasado, presente y futuro cruceño confirmando los componentes territorialistas y proteccionistas del Memorandum de 1904 y los reclamos Orientalistas y reafirmando el sentimiento de pertenencia "racial, histórica y geográfica" a Bolivia. (Palmer, 1983).

En las vísperas de la Guerra del Chaco (1923-35), en el marco de una nueva crisis de mercado, la élite cruceña estaba, al parecer, redefiniendo sus relaciones con el Estado boliviano. A diferencia de Cochabamba su *intelligentzia* y sus organizadores sociales estaban profundamente comprometidos con la cuestión regional y dispuestos a rebasar la crítica episódica del proyecto liberal-oligárquico empalmándose con la vorágine que se estaba gestando entre mineros, indios, campesinos y mujeres contra la excluyente "rosca minero-feudal" que culminará con la insurrección de abril de 1952.

La historiografía tradicional no ha tomado hasta ahora verdadera conciencia de la participación de las interpelaciones regionales en la crisis del Estado oligárquico. Sin embargo, a lo largo de este trabajo creemos haber mostrado que las élites regionales tenían más de un motivo para sentirse descontentas con el modelo de acumulación implementado por la gran minería.

RESUMEN

El trabajo toma en cuenta el comportamiento del mercado interior boliviano, especialmente de Cochabamba y Santa Cruz, entre 1880-1932, etapa de la recomposición liberal del país, llevada a cabo desde un Estado centralista. Estos mercados regionales no fueron estables, y si bien sufrieron fuertemente por el asedio de productos importados, también fueron sensibles a los de otras regiones bolivianas, sin dejar por eso de encontrar refugio en determinados rubros locales. Las oligarquías de estas regiones no fueron homogéneas ni adhirieron incondicionalmente al proyecto liberal; más bien solicitaron del Estado una protección a su producción, no sólo frente a la importada, sino incluso frente a la de otras regiones del país. Estas contradicciones llevaron al colapso del Estado oligárquico boliviano. Finalmente, el estudio pone en tela de juicio interpretaciones tradicionales sobre el tema, como la supuesta pasividad de las regiones o la limitación del conflicto al existente entre producción interna e importadores y sus aliados locales.

ABSTRACT

This paper focuses the Bolivian home market behaviour, specially of Cochabamba and Santa Cruz between 1880-1932, the period of the liberal national recomposition stage carried out from a centralist state. These regional markets were not stable due to the competence of imported goods, and also of those coming from other Bolivian regions. Nevertheless, there were some exceptions: competence did not exist as regards some local products. In these regions, oligarchies were neither homogeneous nor followed the liberal project closely. On the other hand, they required the State protection for their products against imported goods and the goods from the other Bolivian regions. These contradictions caused the collapse of the oligarchical Bolivian State. In conclusion, the paper calls into question the traditional interpretation of this issue: the supposed unresponsive attitude of the people from these regions and the limitation of the conflict with respect to the internal production vs. the importers and their local allies.

NOTAS

- ¹ Usamos el concepto de liberalismo económico en sentido amplio y para designar a un Estado que pese a sus contradicciones y vacilaciones mantenía una política económica de no intervención y de franca apertura al mercado mundial.
- ² El Heraldo (Cochabamba) 7 de junio de 1878.
- ³ El Heraldo (Cochabamba), 27 de junio de 1889.
- ⁴ Cfr. Angel María Borda. *Consideraciones políticas y económicas en la actualidad de Bolivia* (Cochabamba: Imprenta La Luz, 1884).
- ⁵ El comercio (Cochabamba), 15 de febrero de 1892.
- ⁶ Cfr. El Heraldo (Cochabamba), 19 de febrero de 1884.
- ⁷ El Heraldo (Cochabamba) 22 de septiembre de 1907.
- ⁸ Rafael Tejada, ex Rectificador de Catastro en el valle de Sacaba escribió en 1895: "El indio, colono de finca (...) siente hoy la aspiración de independizarse; se le presenta la ocasión de adquirir un terrazgo (...); no consulta ni para mientes en cálculo alguno, vende sus semovientes, hasta las cobijas de su cama y paga el precio caprichoso hijo de su noble aspiración de independencia". El Comercio (Cochabamba) 15 de agosto de 1895.
- ⁹ Como hemos mostrado en otro trabajo coadyuvó a este fenómeno la fragmentación de las tierras de comunidad emergente de la Ley de Exvinculación de 1874 (Rodríguez Ostria; 1990).
- ¹⁰ Sobre el boom cauchífero es útil consultar el libro de Valerie Fifer. *Bolivia: Land, Location and Politics Since 1825* (Cambridge, 1973).
- ¹¹ Sinópsis Estadística y Geográfica de Bolivia. (La Paz, 1905).
- ¹² Mitre, que ignora los efectos del auge cauchífero, asume equivocadamente que la crisis en Santa Cruz coincidió con el arribo del ferrocarril a Oruro (1991: 176-177).
- ¹³ El Heraldo (Cochabamba), 5 de marzo de 1891.
- ¹⁴ M. H. 1836. Cochabamba. ANB (Sucre).
- ¹⁵ El Heraldo (Cochabamba) 7 de junio de 1878.
- ¹⁶ Ibid.
- ¹⁷ Arambar, José. "Importancia industrial de la Fabricación de la Chicha". en *BAMC y A. La Paz*. N° 14. pp. 321-326.

¹⁸ En otro trabajo hemos tratado detalladamente esta paradoja. Cfr. Rodríguez Ostrá - Solares Serrano (1989).

¹⁹ El Diario (La Paz) 8 de abril de 1930.

²⁰ "La industria transportiva era importante en Cochabamba; los agricultores de la región comprendida entre Cochabamba y Vinto obtenían apreciables utilidades por concepto de pasturaje. Pero, con la disminución del tráfico a Oruro, Santa Cruz, y Beni, han venido desapareciendo las grandes recuas que entonces sostenían un tráfico intenso. Como consecuencia ha desaparecido el lucrativo negocio de pasturaje". Industria y Comercio (Cochabamba), 21 de noviembre de 1921. Año III, N° 142.

²¹ Industria y Comercio (Oruro) Año 1, N° 3, 14 de setiembre de 1923.

²² Cfr. Iniciativa contraria a la agricultura y a la industria (La Paz, 1927).

²³ El Comercio (Cochabamba) 12 de julio de 1927.

²⁴ El Comercio (Cochabamba) 29 de octubre de 1926 y 2 de diciembre de 1926.

²⁵ El Republicano (Cochabamba) 26 de noviembre de 1926.

²⁶ La Ley (Santa Cruz), 22 de junio de 1921.

²⁷ Ibid.

²⁸ El Oriental (Santa Cruz), 23 de julio de 1924.

BIBLIOGRAFIA

- ASSODOURIAN, CARLOS SEMPAT. **El Sistema de la Economía Colonial, Mercado Interno, Regiones y Espacio Económico** (Lima: IEP), 1982.
- AZOGUE, GUILLERMO et al. **Región, Mercado y Conflicto Social: Cochabamba 1825-1952.** (Cochabamba. IESE), 1986.
- BIEBER, LEON. **Las Relaciones Económicas de Bolivia con Alemania (1880-1929)** (Berlín: Colloquium Verlag), 1984.
- BURGA, M. Y REATEGUI, W. **Lanas y Capital Mercantil en el Sur Peruano. La Casa Rickettes, 1895-1935;** 1981.
- CHAVEZ O, RAFAEL. **El Problema del Oriente.** En Revista Universidad (Santa Cruz) N° 4, 1939.
- CHOCANO, MAGDALENA. "Circuitos Mercantiles y Auge Minero en la Sierra Central a Fines de la Epoca Colonial" en Alpanchis, Cuzco, N° 21 pp. 3-26. 1983.
- CONTI, VIVIANA. "Una Periferia del Espacio Mercantil Andino: El Norte Argentino en el Siglo XIX" En Avances de Investigación. Salta. pp. 39-62, 1989.
- ESTRADA, TEODOMIRO **Pequeña Monografía del Departamento de Cochabamba.** (Oruro: Tribuno), 1904
- FLORES GALINDO, ALBERTO **Arequipa y el Sur Andino, Siglos XVIII-XX.** (Lima: Horizonte). 1977
- GIL, JOSE **El Ferrocarril del Oriente** (La Paz: Imp. Unidas).
- GLAVE, LUIS MIGUEL. **Trajinates. Caminos Indígenas en la Sociedad Colonial. Siglos XVI-XVII.** (Lima: Instituto de Apoyo Agrario)
- LANGER, ERICK. "Espacios Coloniales y Economías Nacionales: Bolivia y el Norte Argentino" en Siglo XIX, México. Año II. N° 4, 1987.
- LARSON, BROOKE. **Colonialism And The Agrarian Transformation in Bolivia: Cochabamba, 1550-1900.** (New Jersey, Princeton University Press), 1989.
- LASERNA, ROBERTO. **Movimiento Regional y Estado,** en F. Calderón R., Laserna (Comps.). **El Poder de las Regiones.** (Cochabamba: CERES).
- MITRE, ANTONIO. **Los Patriarcas de la Plata** (Lima: IEP), 1981.
- El Monedero de los Andes** (La Paz: Hisbol), 1986.

- ORTIZ, CARMELO. "La Industria Azucarera en Santa Cruz" . en *Industria y Comercio*, (Cochabamba), N° 34, 1926.
- PALMER, RONALD. "Los Conceptos de Modernización en Santa Cruz". En *Historia Boliviana*, Cochabamba. III-2, 1982.
- PALOMEQUE, SILVIA. "Loja en el Mercado Interno Colonial", en *HISLA*. N° 2 pp. 33-45, 1983.
- PLATT, TRISTAN. *Estado Tributario y Libre Cambio en Potomí (Siglo XIX)*. (La Paz: Hisbol), 1986.
- RENIQUE, JOSE LUIS. *Los descentralistas Arequipeños en la Crisis del Año 30* (Lima), 1979.
- RODRIGUEZ OSTRIA, GUSTAVO. "Mercado Interior y Conflictos Regionales: Santa Cruz, 1891-1952", en *Historia Boliviana* VII 1-2, pp. 69-84; 1987.
- *Sociedad Oligárquica, Crisis y Campesinización. Los Valles Cochabambinos 1880-1952* (Cochabamba: CENSED), 1989.
- RODRIGUEZ, GUSTAVO y HUMBERTO SOLARES. *Sociedad Oligárquica, Chicha y Cultura Popular. La Chicha en la Economía Cochabambina Siglos XIX-XX*. En prensa; 1989.
- ROJAS, ROSENDO. *Informe de la Gestión Prefectural de 1904* (Santa Cruz), 1904.
- SERENI, EMILIO. *Capitalismo y Mercado Nacional*. (Barcelona Crítica), 1980.
- VASQUEZ, EDMUNDO. *Informe que eleva a Consideración del Supremo Gobierno*. (Santa Cruz), 1926.
- WITHEHEAD, L. *Los Efectos de la Crisis del Treinta en Bolivia*. (La Paz, UMSA). Mimeo, 1972.